

un arquitecto sevillano, Juan Talavera, del que luego se divorció y que era algo así como concuñado de tía Isabela Bonald.

El encuentro fue muy grato y paseamos en son peripático por los jardines del Alcázar, convertidos por obra y gracia de Romero Murube en los de Academos para uso poco menos que privado. Margarita ya no era ninguna niña y tenía ese aire elegante y un poco desdénoso de las personas que sólo desean compartir las porciones más delicadas de la realidad. Era cuñada de un hombre encantador y algo disipado, Eduardo Llosent, a quien yo había conocido en Sanlúcar por qué desvaríos administrativos— director del Museo de Arte Contemporáneo. Llosent estaba casado con otra Fórmica, Mercedes, aunque el matrimonio no andaba muy allá, pues él había tenido la peregrina ocurrencia de juntarse con una dama que era el vivo retrato de su mujer. No es infrecuente que eso ocurra, sobre todo si se alcanzan a descubrir los hechizos de lo que podría llamarse una clonación esporádica. Llosent y Romero Murube pertenecían a esa exigua casta de andaluces cuya más meritaria cualidad consiste en apparentar que lo son a contracorriente, un prurito que a lo mejor define una manera incluso más exacerbada de ser andaluz, si bien no siempre referida a las farfollas regionalistas de curso legal. Hedonistas y refinados, su actitud también podía tener en este sentido algo de ambigua, inadvertidamente vertebrada a la noción cernudiana de Andalucía: ese sueño que cada andaluz reinventa a su manera.

Volví a ver en Sevilla alguna que otra vez a Margarita y a Juan, casi siempre en compañía de otros amigos —Felipe de Pablo-Romero, José María Moreno Galván, a más del primo Rafael—, pero había como una tácita obstinación en barruntar que nos estaban distanciando las divergentes bifurcaciones de nuestra propia manera de ser. Después de esos pasajeros encuentros, sólo coincidi con Juan una sola —y última—

vez, ya en Madrid, adonde había ido a solventar no sé qué papeleros de su licenciatura en filología hispánica. Leí en su cara como el amago prematuro de una desconexión, como si ya hubiésemos aceptado el preaviso de que no íbamos a volver a vernos. Sabía que su salud era precaria y que menudeaban sus depresiones. Se había ido a vivir a Málaga con Margarita y yo no quise —mal que me pese ahora— volver a verificar lo que ya se había ido convirtiendo en una especie de altanería mutua. Eso sí, me mandaba sus libros —los dos que publicó en Málaga— y yo a él los míos, pero aquél viejo apego que nos hizo crecer juntos y vivir las mismas venturas y adversidades literarias, las mismas nocturnas algarabías, ya se había consumido, no sé por qué incoherentes desdidas. Me enteré de su muerte cuando ya hacía más de un mes que lo habían enterrado, con lo que se me recrudeció penosamente una ya atetarrada sensación de contrito.

Al primo Rafael continué viéndolo cuando coincidíamos en Jerez durante las vacaciones. No había vuelto a quedarse en la cama más tiempo del habitual, aunque solía leer hasta que amanecía y no se levantaba hasta pasadas las dos de la tarde. Había abandonado del todo su afición a escribir, que tampoco fue muy persistente, y me advirtió que la dedicación activa a la literatura era una contingencia que carecía realmente de relevancia. «Es más provechoso mantenerse en los aguantaderos del observador», decía, «aunque tampoco estoy muy seguro de que el hecho de escribir sea más desesperante que la decisión de no hacerlo.» En cualquier caso, a él le resultaba más práctico comprobar la solvencia o la futilidad de los cultivadores de la literatura por el procedimiento de andar escudriñando en sus obras. Y ciertamente seguía leyéndolo todo, incluidas las últimas novedades de librería no especialmente recomendables.

Andando el tiempo —no hace todavía mucho— me telefóneó un periodista de *Interviu* proponiéndome escribir un

## 7. DUELO A PRIMERA SANGRE

reportaje sobre los Ronald acostados. No sé cómo se enteró, al cabo de los años, de esa predilección familiar. Tal vez yo deslicé algún comentario desafortunado ante un conocido común, que le fue con la historia. Naturalmente que ni yo acepté bajo ningún concepto airear semejantes intimidades, ni entendía a quién le podía interesar todo eso, y más tratándose de una revista tan chocarrera como *Interviú*. Así que me negué a colaborar, si bien consentí, no sin alguna malevolencia, en que el periodista se pusiese en contacto con Rafael, por si lo sorprendía en una de sus fases extravagantes y encontraba divertido el escarceo. Juzgué indispensable, sin embargo, anticiparle al primo lo que se tramaba y él montó en justa cólera y me advirtió que ni siquiera se pondría al teléfono. Y así fue, en teoría. El periodista me llamó después para informarme de su extrañeza ante lo que había ocurrido. La conversación que mantuve con Rafael fue más o menos como sigue:

«¿Puedo hablar con el señor Bonalp?»

«¿De parte de quién?»

«Soy de la revista *Interviu*.»

«Ya. Disculpe que hable tan enrevésado, es que me estoy comiendo una fruta escarchada.»

«No se preocupe.»

«Soy su secretario, ¿qué desea?»

«Es un asunto personal, querría hablar con él.»

«Pues lo siento mucho, pero el señor Bonalp está hibernando desde hace dos meses en la estación biológica de Doñana.»

Cuando terminé el bachillerato, no tenía la menor idea de lo que quería hacer. Y ahí empezaron los problemas. Yo me había pasado nada menos que once años —cuatro de primera enseñanza y siete de bachillerato, según el plan de estudios de 1942— en el colegio de los Marianistas de Jerez, cuando aún estaba en la calle Porvera. Era un enorme caserón de tres pisos, con cuatro patios soldados de mármol y una explanada anexa de tierra batida, más bien un predio rústico destinado al recreo, cuyas dimensiones debían de coincidir con las de un campo de fútbol. Esta explanada constaba de tres áreas netamente divididas por sendas vallas de madera pintada de verde: una para los pequeños, otra para los medianos y otra para las mayores. No había servicios duros de paso ni nada parecido. Permanecer en uno de aquellos recintos por alguna razón ajena a la de la edad era considerado como una invasión punible. Aunque yo los fui ocupando sucesivamente a medida que crecía, esa prohibición me deparó una de las primeras tentadoras ofertas para convertirme en un infractor reincidente.

Los recuerdos de mi vida colegial son generalmente gratos, o son más copiosos los buenos que los malos recordados, aquéllos referidos a mis andanzas por libre y éstos a las disciplinas y observancias propias del caso. Los profesores,



© Juan Carlos Cazalla, 1994



José Manuel Caballero Ronald nació en Jerez de la Frontera el 11 de noviembre de 1926. Su padre era cubano y su madre pertenecía a una rama de la familia del vizconde de Donald –el filósofo tradicionalista francés– radicada en Andalucía desde fines de siglo. Estudió Náutica en Cádiz y Filosofía y Letras en Sevilla y Madrid. Fue profesor de literatura española en la Universidad Nacional de Columbia y en el Brynn Mawr College y trabajó en el Seminario de Lexicografía de la Real Academia Española. Es autor de nueve libros de poesía, entre ellos *Las horas muertas* (premio Boscán y premio de la Crítica 1958), *Descréditos del héroe* (premio de la Crítica 1977) y *Laberinto de Fortuna*, y de las novelas *Dos días de setiembre* (premio Biblioteca Breve 1962), *Agata ojo de gato* (premio de la Crítica 1974), *Toda la noche oyeron pasar pájaros* (premio Ateneo de Sevilla 1981), *En la casa del padre* (premio Plaza & Janés 1988) y *Campo de Agramante*, que han sido traducidas a diferentes idiomas y están siendo publicadas en esta colección. Es también premio Pablo Iglesias de las Letras 1978 y premio Andalucía de las Letras 1994.

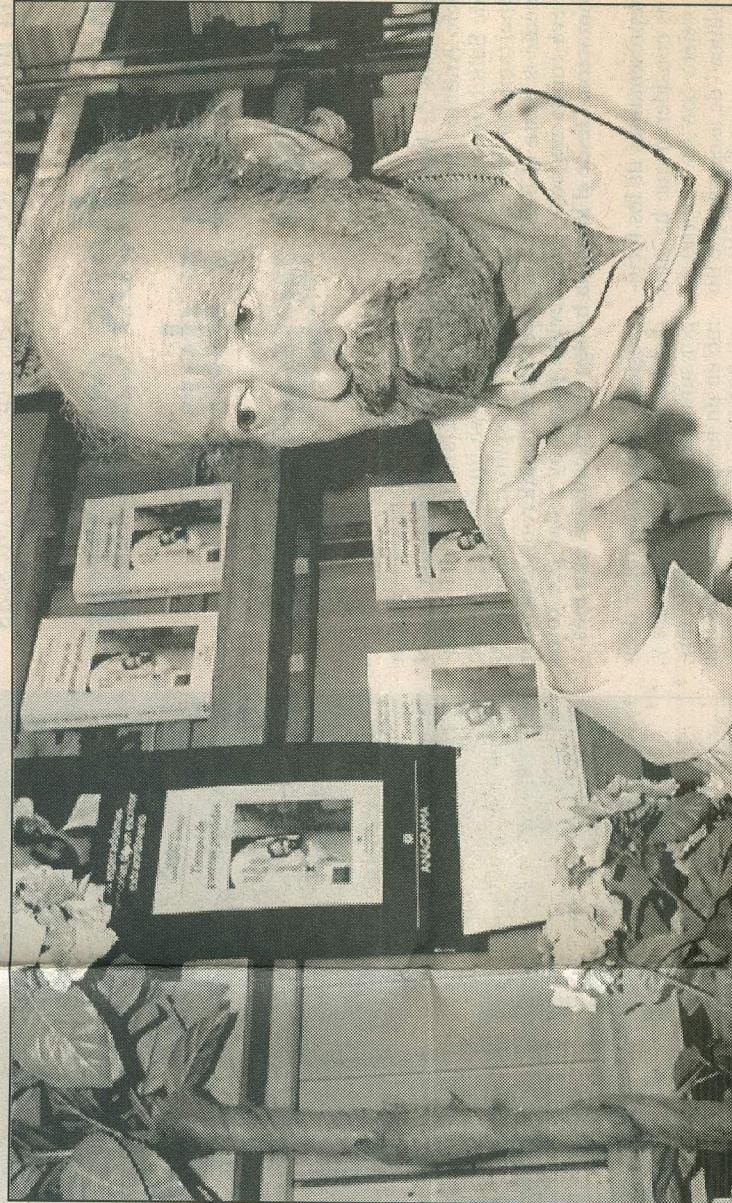
# La literatura de la memoria

LUIS GARCÍA MONTERO

El recuerdo es siempre una forma de la imaginación, tan sólo comparable con esa otra variedad de la imaginación que es el futuro. La realidad se desnuda ante los ojos con su autoritarismo fugitivo, como un punto intermedio entre lo que se intuye y lo que se olvida. Por eso el presente ejerce su labor, al modo de las operaciones literarias, en un misterioso viaje de ida y vuelta. El niño no conoce el mar y a fuerza de pensar lo se lo imagina, igual que se imagina las aventuras que suceden en la otra orilla. Después llega a verlo, viéndole la evidencia transitoria de la realidad y empieza a trabajar en el olvido, con la necesaria selección de aquello que resiste únicamente en las sombras rebeldes de la conquista o de la pérdida. Los ejercicios de la literatura se parecen a los enredados laberintos de la memoria, a las nostalgias y los deseos que fijan cuentos, inventan verdades y barajan las instituciones con los olvidos. Regresar al pasado es una forma de sentir la libertad del futuro; por eso la melancolía se convierte con frecuencia en la mejor aliada de las ilusiones.

Por la Feria del Libro de Granada han pasado Felipe Benítez Reyes y José Manuel Caballero Bonal con obras que mezclan la memoria y la ficción, la experiencia biográfica y sus posteriores mudanzas narrativas. El tiempo es el protagonista final de sus libros, porque los dos han querido convertir en ficción literaria esa otra ficción que llamamos memoria. Contar los recuerdos supone transformar en experiencia lingüística la huella que ha ido dejando en nosotros la realidad. Vivir es algo parecido a hacerse un estilo, se eligen costumbres y amigos igual que se eligen palabras y en el proceso de selección nos vamos inventando a nosotros mismos como personajes sociales o como aparentes realidades literarias. En toda obra de ficción saltan y se mantienen las cicatrices reales de nuestra vida, porque hasta en las confesiones más impúdicas hacen acto de presencia los manipuladores procesos de la literatura.

Felipe Benítez Reyes ha convertido su pasado infantil en novela. El argumento de *La propiedad del paisano* evoca la niñez del autor, juega con ella, la elabora, hace de la vida en Rota un modelo de existencia fijada, ese mundo que sostiene las tardes lentes de cualquier niño, porque las cosas se miran con el privilegio de la estabilidad y todo parece estar en su sitio, puro escenario de las leyendas familiares, que permiten



Caballero Bonal en la Feria del Libro de Granada.

que aprovechó la tolerancia gaditana para escondérsele del provincialismo franquista más espeso, la simpatía con la que nos seduce aquel ilusionado escritor incipiente que abordó su carrera literaria en un Madrid amarillo y congelado, en el que las ofertas oficiales sólo podían compensarse con la complicitad de los amigos y con una firme voluntad de sobrevivir.

Las memorias de Caballero Bonal nos ofrecen el testimonio de una época, una indagación particular en la literatura del recuerdo y una perpetua reflexión sobre la vida, pensada siempre con inteligencia y con dignidad moral. Rigor y plenitud marcan el clima de esta obra, el tono de un itinerario personal, lleno de riqueza calculada, en el que la impecable voluntad de ser feliz se ha fundido íntimamente con la perseverante decisión de escribir bien.

JUAN FERRERAS



Esperando el autobús en las afueras de La Habana.

RICARDO MARTÍN

# LA HABANA PARA UN ESCRITOR MESTIZO



José Manuel Caballero Bonald, segundo por la izquierda, con un grupo de amigos en el bautizo de un hijo de José Menese. A su derecha Miguel Acal, y a su izquierda Tomás Torres y el doctor José Luis Barros. Sentados, de izquierda a derecha, Gloria Noriega, el cantaor Antonio Mairena, Pepa Ramírez, esposa del escritor, y José Menese. Septiembre de 1968.

del ritmo" a las que insoslayablemente ha de ajustarse. Sus letras que empezaron siendo obras de los viejos intérpretes que las cantaban... se han ido enriqueciendo con otras tomadas del acervo popular y a veces –y en los últimos años– de la poesía culta. Dedica un estudio a la guitarra y un capítulo ya clásico a los estilos de bailes y cantos, con capítulos especiales para las tonás, los romances, con las versiones de los de Cerineldo, El Conde Sol, Bernardo del Carpio, las diversas variantes de la tradición oral y los sucesivos reajustes populares ba-joandaluces (*Luces y sombras*, p. 202).

En la *Copla flamenca: fuentes cultas y populares* sitúa de nuevo los que debieron de ser los primitivos escenarios del flamenco y observa que "para asomarse a la tragedia de ciertos grupos de gitanos asentados en la Baja Andalucía ninguna información mejor que la que suministran las coplas que cantaban". Se refiere a algunos escritores cultos citados, que han manifestado especial interés por lo popular y reproduce las palabras de Cansinos Assens en *La copla andaluza*, según la cual "la musa erudita ha enriquecido siempre los tesoros de la lírica popular".

En esta línea estudia una soleá atribuida a la Serneta, que pondría de manifiesto la solidaridad entre la lírica culta y la

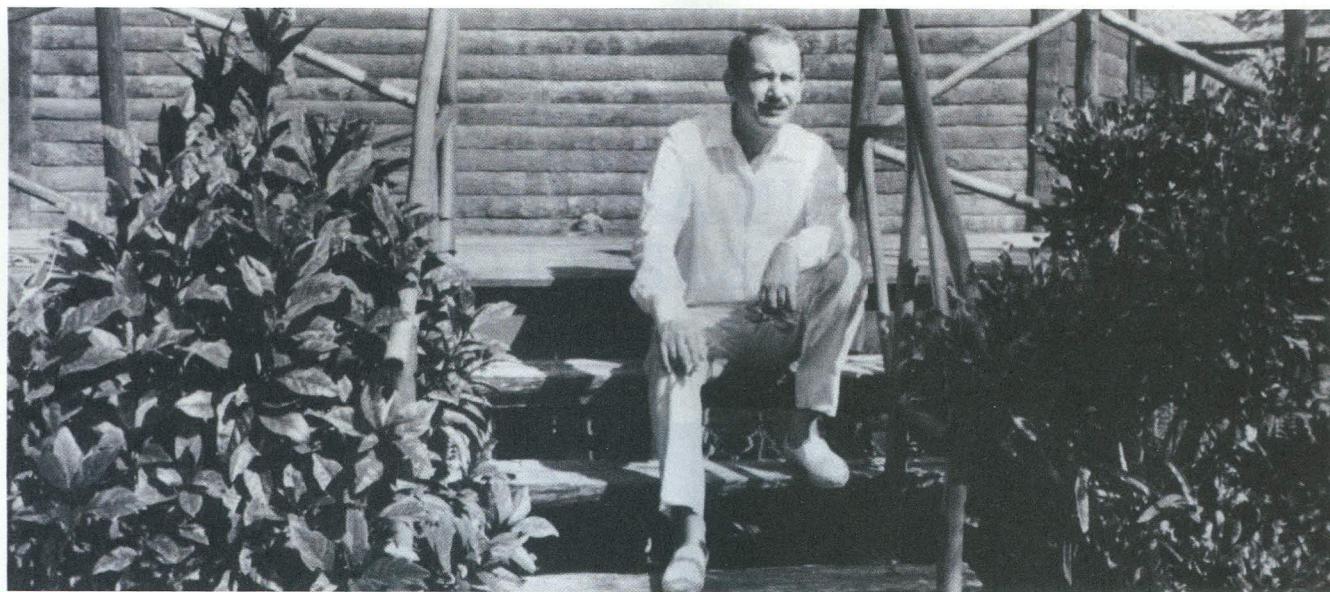
popular: "Fui piedra y perdí mi centro / Y me arrojaron al mar, / y al cabo de tanto tiempo / mi centro vine a encontrar", incluida también en los repertorios de Pepe de la Matrona, la Niña de los Peines, Enrique Morente..., y que Rodríguez Marín relaciona con la cancióncilla popular italiana: "*e quante volte si sconturba il mare*". José Ángel Valente la toma como referente en *La piedra y el centro* y explica que el motivo de la piedra arrojada al mar es un símbolo, una imagen emblemática, que, con indiferencia del lenguaje en que esté expresada, resulta recurrente en las más diversas culturas, desde las profundidades de la historia hasta nuestros días.

En las conexiones de lo popular y lo culto analiza también "Sentaíto en la escalera / esperando el porvenir/ y el porvenir nunca llega", que estaría en la base del título del libro de Carmen Martín Gaite *Esperando el porvenir* y probablemente inspiraría el verso de Ángel González: "Te llaman porvenir porque nunca llegas". Y también estudia las colecciones de Iza Zamácola, Fernán Caballero, Demófilo, el cancionero de Balmaseda y los diversos trabajos dedicados a estos asuntos, desde los pioneros hasta los actuales.

Además de estas investigaciones, Caballero Bonald ha compuesto numerosas

coplas flamencas, algunas de ellas interpretadas y grabadas por José Mercé, el Lebrijano, Diego el Clavel..., y en *Anteo*, uno de los mejores libros de la lírica contemporánea, les dedica cuatro grandes poemas a la soleá, la seguiriya, el martinete y la saeta. En este potente poemario se manifiesta la más recurrente conducta de toda su poesía y con la que parece sentirse más conforme; la de convertir la experiencia vivida en experiencia lingüística. El mundo de la copla popular y flamenca ocupa también un lugar destacado en algunas de sus narraciones, como *Dos días de setiembre*. Aquí se nos presenta a Joaquín como un buen cantaor, descendiente de una casta de hombres duros y enigmáticos, esparteros de oficio, que bajaban de la sierra con el buen tiempo ofreciendo su mercancía al mejor postor. Este buen intérprete de la copla, ya derrotado a sus treinta y nueve años, recuerda toda su vida, "como si de pronto se estuviese proyectando junta sobre el lienzo roto de su memoria, sin solución y sin sentido". Al igual que en este personaje, lo flamenco y lo popular operan en Caballero Bonald como un ejercicio de la memoria y como una indagación en los misterios de la literatura y de la vida.

(\*) Catedrático de Literatura Española de la UNED.



José Manuel Caballero Bonald en Camagüey, ciudad natal de su padre. Año 1964.

#### J.J. ARMAS MARCELO

La Habana es Cuba, y lo demás es paisaje", reza el dicho habanero más popular. Sin embargo, nada es como se dice. Hay un escritor español, andaluz, mestizo, Caballero Bonald, que sintió siempre la llamada de la añoranza genética: su padre era de Camagüey. Extraño habanero de la distancia, narra en *La costumbre de vivir* su encuentro vital con la Ciudad de las Columnas, su exaltación erótica con La Habana, su búsqueda ansiosa de la raíz familiar en Camagüey. Además, como escritor, el gusto por la palabra en su lugar exacto, la calidad de página y el barroquismo de la frase y el contenido, lo hacen hijo directo de aquella gente habanera que se refugió en la revista *Orígenes*. De eso se trata en la vida y la obra de Caballero Bonald: de los orígenes, con minúscula también. Y En Cuba, en La Habana, en Camagüey, está

ria, intelectual, histórica de La Habana y de todo el archipiélago de Cuba. Hay la cita del gran Fernando Ortiz, el sabio que escribió *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*; hay el relato de un paseo (¿por el Malecón?), desde el Hotel Habana Libre hasta Habana Vieja, con Nicolás Guillén, que en aquel momento del viaje habanero de Caballero Bonald era el más popular y populista de los poetas cubanos; hay un elogio a La Habana cultísima, múltiple y mestiza en el elogio personal y literario a Alejo Carpentier, el barroco y sabio narrador de *Lospasos perdidos*, *El siglo de las luces* o *El reino de este mundo*; hay nombres de escritores que son la geografía escrita de La Habana y Cuba: Eliseo Diego, Virgilio Piñera, Cintio Vitier, Lezama Lima (la visita del poeta andaluz, acompañado por Valente, a Trocadero 162, bajo, me parece deslumbrante), Pepe Rodríguez Feo, Fina García Marruz; hay una música mestiza en todos esos nombres, geografía e historia, física y química, filo-

Echenique. Cuando la mulata Hortensia (o su hermana gemela) llegó a su destino (la habitación de Caballero Bonald), la policía le cayó arriba y le frustró el invento. Caballero Bonald lo relata con pena y rabia en su Habana particular, en su memoria plena de sentimientos y pasiones.

En cuanto al mestizaje de Caballero Bonald, no es una simple verbalidad para bailar, en medio de Europa, un *guaguanco* pasado por ron Matusalem. Es, en mi modo de ver (y porque lo siento así en mí mismo) una ideología viva, aquella que cree con Fernando Ortiz que las razas son un embuste, un invento de las clases sociales "superiores" para diferenciarse en su jerarquía y prepotencia. En Caballero Bonald, el mestizaje lo es, pues, de convicción, de sangre y de creencia. Y es la gran solución a las dudas de unos, los pusilánimes, y los crímenes de otros, los racistas. Por eso La Habana le brinda

**"Con Cuba he mantenido una relación muy benévola y efusiva, tal vez porque siempre me he sentido un hispano-cubano" (de *La costumbre de vivir*)**

una parte de Caballero Bonald, el mismo que se enamoró de aquella geografía que fue España y con la que muchos españoles soñamos de cerca.

No hay en el capítulo 15 de *La costumbre de vivir*, titulado *La periódica necesidad de la incertidumbre*, grandes descripciones geográficas de La Habana. Hay, con creces, una declaración de amor, de íntima infatuación erótica del escritor hacia la ciudad deseada, como una mujer de color soñada desde la adolescencia. Hay, desde luego, una suma de nombres que forman, para Caballero Bonald (y también para mí), la esencia litera-

sofía y literatura de La Habana de Caballero Bonald, que forma parte de la mía.

La aventura con la mulata Hortensia describe en La Habana de Caballero Bonald un viejo deseo que el poeta de Jerez de la Frontera confiesa sin ningún escrúpulo: la necesidad que sintió desde su adolescencia por "yacer con mujer negra". En La Habana, a esta tipo de "fusión" se le dice "quemar petróleo", el que un blanco se sienta atraído por una negra o un negro se sienta atraído por una blanca, o "vicervesa", como diría el no menos habanero a pesar de limeño Alfredo Bryce

al escritor español todo el esplendor del mundo, en sus calles, en sus gentes, en las maniguas cercanas, en sus plazas recoletas, en sus iglesias, en el paseo lento del día y la sombra sobre el asfalto urbano, en las músicas de los tambores batá.

Después de 1974, nunca volvió a Cuba. Y añade Caballero Bonald que "lo que pasa es que he seguido manteniendo con la isla una relación amorosa indeclinable, esa difícil querencia que incluye ciertos particulares rechazos, pero también el firme propósito de refutar los rechazos ajenos". Sé que lo cuenta es verdad. A mí me pasa lo mismo.